

Artículo edición especial *LX aniversario*

Revista de la Facultad de Farmacia. Seis décadas de trayectoria

*Gil Otaiza Ricardo **

Departamento de Farmacognosia y Medicamentos Orgánicos. Facultad de Farmacia y Bioanálisis. Universidad de Los Andes, Mérida, 5101, Venezuela.

INTRODUCCIÓN

La vida académica trae consigo serias exigencias a sus cultores, algunas de las cuales llegan a convertirse muchas veces en verdaderas torturas. El tránsito dentro de las universidades como personal docente y de investigación busca hacernos pertinentes con las instituciones y con el país, y dentro de esa pertinencia está la generación de conocimiento que se traduce en publicaciones. Publicar en el contexto de la ciencia no es cualquier cosa, ya que se erige en la episteme, lo que deberá ser entendido como un impacto real que se patentice necesariamente en avance en un área específica del saber.

Los artículos científicos destinados a revistas arbitradas e indexadas cumplirán así una serie de parámetros, que buscan hacer inteligibles a los pares los progresos, avances y hallazgos producto de largos procesos de investigación. Ahora bien, todo esto se dice con rapidez y facilidad, pero en la realidad constituye para el académico elevadas cimas que conllevan estrés, largas jornadas de trabajo, antecelas a editores y a mecenas, estudio, reflexión, y un largo etcétera que afecta su privacidad, su entorno familiar y hasta su propia salud.

Independientemente del área del conocimiento que se aborde, el artículo científico estará caracterizado por un lenguaje diáfano, claro y preciso, que comunique sin artilugios, pero con elegancia, lo que desea mostrar. No obstante, la experiencia dice que cada “parcela” del conocimiento tiene formas que les son intrínsecas, lo que se manifiesta en estilos variopintos que intentan armonizar el lenguaje científico con las “maneras” muy propias de cada arista de esa realidad. Sin ir muy lejos, no es lo mismo leer un artículo científico de las ciencias sociales que uno de las ciencias naturales, porque si bien los dos cumplen (o deberían cumplir) con lo establecido por una metódica rígida (impuesta por la revista que lo publica con base en el método científico), el lenguaje, la estructura y las formas de expresión son necesariamente distintas, lo que les

otorga “fisonomía” propia.

No es lo mismo leer un artículo científico del área humanística que de las ciencias “duras”, porque en ambos tendrán que estar contenidas maneras propias que hagan de cada una de ellas experiencias autárquicas y reveladoras de sus mundos; es decir, su cosmovisión.

El artículo científico entendido así se erige en vaso comunicante de contextos ambivalentes de densas tramas, que tiene como fin último desvelar una “realidad” precisa en el ahora, pero que pudiera no serlo en el futuro. Quien escribe un artículo científico sabe muy bien que lo expuesto en esas páginas es una alícuota de la realidad, pero no es en sí la realidad. En todo caso, busca desvelarla o responder a ella. Si bien va dirigido a un número reducido de lectores (pares académicos), es expresión de un proceso que no termina allí, sino que busca replicarse en el tiempo y en el espacio hasta hacerse una red de infinitas posibilidades científicas y sociales.

El texto científico queda como referente en el mañana de nuestro afán por arrancarle al presente las respuestas a nuestras inquietudes existenciales. Si bien, como ya lo expresara líneas arriba, puede que su vida sea muy corta, esto no deberá implicar un fracaso, o el habernos perdido sin remedio en los oscuros laberintos de los procesos epistémicos, sino la expresión inacabada de sutiles tramas, que solo alcanzarán la completitud en la medida en que otros se acerquen a ellas con la firme decisión de continuar los procesos y de generar nuevas sinapsis. Así funciona la ciencia y su método, y nadie tiene la última palabra. Sin más, *ad infinitum*

LA CIENCIA COMO RAZÓN

En su afán por alejar el impacto de la Iglesia (que hizo de la suyas durante muchos siglos de ceguera epistémica), en todo lo concerniente a la “materia humana”, la ciencia se hizo dogmática también. “Todo

dentro de la ciencia, nada fuera de ella”, suele ser quizá la frase mejor articulada que describe el grado de cientificismo en el que hemos caído los hijos de la postmodernidad. En el medio de todo esto estamos nosotros, los ciudadanos del mundo, quienes nos vemos vapuleados a cada instante por los resultados de una actividad científica (y de la seudociencia ni se diga), que busca con denodado afán dar respuesta a todo. Y de esto se valen por supuesto las grandes empresas y corporaciones, para insertarse con fuerza en este gigantesco motor civilizatorio que mueve nuestra historia, y así meterse en los bolsillos los millones de dólares o de euros que todo este “bagaje científico” genera en casi todo el orbe.

Quienes hemos trajinado los caminos de la ciencia (*el método*) a lo largo de nuestras carreras académicas, sabemos de sobra que no todo tiene (ni debe tener) respuesta desde la ciencia; o por lo menos eso aspiramos. Caer en los extremos desde la ciencia como mera noción de la vida (un paradigma, ni más ni menos) trae consigo un desiderátum, que despoja a la existencia de todos sus encantos y de esos claroscuros inherentes a nuestros pasos por la Tierra.

El cientificismo propio de nuestros días (que tiene sus raíces desde el nacimiento de la denominada *Razón Ilustrada*), nos cosifica, nos “mecaniza” hasta el punto de hacer de nosotros seres que solo respondemos a los dictámenes de lo genético (animales, a secas), abstrayéndonos de todo aquello que ha hecho de lo humano opuestos tan admirables como la pasión y la razón, la creación y la deconstrucción, la verdad y la mentira, el erotismo y la animalidad, lo telúrico y lo espiritual, lo abstracto y lo real, entre muchos otros portentos.

La ciencia deberá ocupar en nuestras vidas un lugar desde donde sus “designios” no caigan en contradicción con todo aquello que nos *hominiza* como nos plantea Edgar Morin, padre del Pensamiento Complejo. Es más, deberá contribuir con tal aspiración civilizatoria. Los productos de la ciencia, de la mano con la tecnología (tecnociencia), deberán estar al servicio del ser humano, y no convertirlo en su esclavo. La tecnociencia tendrá que seguir siendo un medio, por sí misma, y no un fin como muchos pretenden hoy con inusitado éxito.

De no percatarnos de esta exigencia, que se hará clave en las próximas décadas, entraremos en un “lugar” sin retorno, en el que pasaremos de ser el

centro de toda actividad (desarrollo antropocéntrico; medio natural y planeta), a meros engranajes de procesos robotizados.

La escritura y la publicación de textos científicos deberán tomar en cuenta estas consideraciones, porque solo así estaremos frente a una actividad que busque referentes epistémicos desde el método, así como su impacto en la vida sobre el planeta. La responsabilidad ética frente a lo investigado y lo publicado tendrán que ser pivotes de un nuevo edificio de la ciencia, que no haga de las personas meros engranajes de procesos, que no las vulnere en su intimidad, que no las erija en Conejillos de Indias para dar respuesta a lo meramente crematístico de parte de las grandes empresas, que han hecho que una actividad fundante para la humanidad, como es la investigación científica, haya perdido su norte y se enfile hacia derroteros insospechados.

En este punto de la discusión se hace primordial la necesidad de enrumbar a la actividad científica hacia nuevos horizontes, que busquen la elevación de la calidad de vida de las personas, que nos haga copartícipes (tanto a los autores como a los editores) de esa gran tarea que se tiene por delante en el presente siglo: devolverle a la Ciencia su rostro más humano.

LA REVISTA DE LA FACULTAD DE FARMACIA

Los miembros del personal docente y de investigación de la Universidad de Los Andes contamos con extraordinarias herramientas para poner el conocimiento desvelado desde el método científico, al servicio del país y de la humanidad. Grande es el espectro de revistas que tiene nuestra institución, así como también el legado de quienes nos antecedieron y entregaron pebeteros que hoy continúan ardiendo gracias al esfuerzo de muchos.

Emprender y poner en marcha proyectos académicos resulta algo complejo entre nosotros, pero lo es más su prosecución y permanencia en el tiempo. Cuando aquellos osados profesores de la entonces Facultad de Farmacia de nuestra Universidad, decidieron en 1958 dar inicio a una revista científica que diera cauce a las inquietudes investigativas de los miembros de aquella vetusta institución, no sospecharon jamás que 60 años después esa realización de primer orden (qué duda cabe), no solo seguiría en pie, sino que se consolidaría como un órgano serio, de

peso científico, con una trayectoria que hoy es reconocida dentro y fuera de su ámbito natural.

Como bien lo expresé en el 2008, cuando la *Revista de la Facultad de Farmacia* cumplió sus 50 años (1), fue en la gestión del Rector de Rectores, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, cuando un grupo de profesores, constituidos en Comité Directivo (a la sazón, Comité Editorial), echaron andar este importante órgano de difusión científica (sin duda, entre los pioneros de nuestra Alma Máter), que muy pronto halló fieles adeptos y colaboradores, cuestión que se mantiene en nuestros días. Pareciera una perogrullada lo acá expresado, pero no lo es, ya que otras revistas contemporáneas con la nuestra no alcanzaron la mayoría de edad, y mucho menos la senectud, por miles de circunstancias que no viene al caso analizar, pero que nos dan una idea de cómo un proyecto de esta magnitud, que requiere un ingente esfuerzo en su prosecución, no se consolida si antes no se logra profundizar sus raíces entre quienes son sus directos beneficiarios (los investigadores), y que lo reconozcan como fundante de su carrera académica y de su vida institucional. En otras palabras: sin un sentido de pertenencia solidificado en el tiempo y en el espacio la *Revista* hoy no estuviese celebrando sus 60 años con una vitalidad envidiable.

La *Revista de la Facultad de Farmacia* de hoy sigue siendo fiel a los preceptos establecidos en las líneas editoriales trazadas desde entonces, que su autor (desconocido para nosotros, aunque se asuma que corresponda al pensamiento de los miembros del Comité Directivo en pleno) tituló: *Ofrenda y Superación*, ya que como medio de divulgación científica le ha entregado a la ciudad de Mérida (a la que le rindió tributo en su cuarto centenario) lo mejor del talento del personal académico de nuestra institución, hoy denominada Facultad de Farmacia y Bioanálisis, de otras dependencias de la Universidad de Los Andes y de distintos centros científicos del país y del extranjero, que han plasmado en estas páginas a lo largo del tiempo sus avances de investigación, así como también los resultados de proyectos concluidos.

En cuanto a la *superación*, no deja de ser significativo que la revista naciera en la *Era Gutenberg*, es decir, apegada al estupendo soporte de papel (que más la acercaba a un libro que a una revista por su extensión y formato) y que hoy, empujada por la inmensa crisis que afecta al país en todos los órdenes

de su acontecer, ha dado su paso a la edición digital. De entrada pareciera una involución, sobre todo para los amantes del papel que siempre echaremos de menos el poder olerla, subrayarla y manipularla a nuestro antojo, pero en la realidad implica un salto cualitativo importante, ya que mediante la tecnología digital la revista traspasa en cuestión de segundos las fronteras locales y nacionales, y se difunde por la vía del portal www.saber.ula.ve a todo el ámbito planetario, cuestión que antes era restringida y quedaba supeditada a los complicados mecanismos burocráticos del canje tradicional.

¿HACIA DÓNDE VA LA REVISTA DE LA FACULTAD DE FARMACIA?

La interrogante es retadora, porque nadie en su sano juicio en los tiempos que se viven podría plantearse metas a mediano y (menos) a largo plazo, pero no deja de tener un sentido en el aniversario número 60 de un medio de divulgación científico que ha pasado por tantas vicisitudes como el nuestro. De entrada, cualquiera podría responder con un “no se sabe”, pero a la *Revista de la Facultad de Farmacia* le corresponderá reinventarse en la misma proporción en la que los tiempos venideros pongan a prueba su solidez y su perennidad. Nadie hace 30 años apostaba por la desaparición del formato en papel, y hoy es sencillamente parte de su historia.

Quienes hemos sido sus editores (o encargados como comité) desde su fundación hasta nuestros días (Hernán Hernández R., Gustavo Ramírez Corredor y Antonio Rojas, Ismal Valero, Fernando Pérez Barré, Alfredo Carabot de Porras, Antonio Van Grieken Molina, Enrique Fábrega, Santiago López-Palacios, José Reinos Fuller, Douglas Narváez, David Díaz Miranda, Ricardo Gil Otaiza, Laura Calderón González, Beatriz Nieves Blanco, Judith Velazco, Nurby Ríos y Janne Rojas Vera) apostamos en cada período o época que nos correspondió desarrollar, por su permanencia y consolidación en el tiempo. Amén de su proyección dentro y fuera de sus fronteras naturales, así como su indexación y periodicidad.

Sin duda, unas épocas han sido más difíciles que otras, pero en todas ha privado el sentido de la responsabilidad ante la historia, y prueba de esto es el ingente número de volúmenes editados hasta hoy, su elevada calidad y su pertinencia científica. Todos

hemos apostado por una *Revista* que sea fiel al desiderátum de sus fundadores: estar en correspondencia con la ciudad que le da cobijo, pero también con una mirada universal, que vaya más allá de nuestras competencias y capacidades y que la estimule a alcanzar más y mejores metas.

La *Revista de la Facultad de Farmacia* seguirá siendo lo que los investigadores y editores quieran que sea: un órgano de difusión científica del más alto nivel, que traspase sus fronteras naturales y que se erija en punto de referencia de las Ciencias Farmacéuticas, del Bioanálisis, y de la Ciencia en su más amplio espectro de posibilidades epistémicas.

Que así sea.

REFERENCIA

1). Gil Otaiza, Ricardo. *Historia, evolución y desarrollo de la Revista de la Facultad de Farmacia*. Rev Fac Farm. 2008; 50 (1).

Breve reseña:

*Dr. Ricardo Gil Otaiza. Padre y esposo. Profesor Titular (J) de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la ULA. Editor Honorario de la *Revista de la Facultad de Farmacia*. Autor de decenas de artículos científicos y escritor con una obra que sobrepasa los 30 libros. Columnista del diario El Universal de Caracas. Ex decano electo 2002-2005. Presidente de la Academia de Mérida en dos períodos consecutivos (2016-2017; 2018-2019).